

SALA DE GEOGRAFIA

Recorrido de los estudiantes del 2.º año de la Facultad de Letras por los Valles de Chanchamayo, el Perené y el Mantaro.

Afirmando la orientación nacionalista de la enseñanza superior, conforme a las directivas que establece el Estatuto Universitario, el suscrito condujo en el mes de julio último una excursión de estudio a la sierra y montaña del Centro, la primera auspiciada por la Facultad.

El recorrido efectuado, 980 kilómetros por carreteras que invitan a caminar, ha permitido a los alumnos de San Marcos apreciar directamente la significación prospectiva de la Sierra, la riqueza de las tierras bajas de Oriente, preñadas de futuro, y constatar, con el respeto que inspira la labor cumplida, la manera eficiente como viene desarrollándose por el Supremo Gobierno el actual plan trienal de vialidad.

La excursión ha tenido una virtualidad educativa para la formación cívica de la juventud. Ha servido para suscitar en los estudiantes la conciencia viva de los valores de nuestra tierra y nuestra raza; el ardiente convencimiento de la necesidad de un peruanismo integral que, con amplio sentido de la comunidad nacional, fusione y supere el hispanismo costeño y el indigenismo serrano; la íntima advertencia de que, frente al indio y al campesino, un imperativo moral nos dice que el ideal nacional y el ideal humano son conciliables entre sí y sólo de esta manera pueden ser fértiles.

Observando los admirables trazos de la Carretera Central, las grandes fundiciones de Casapalea, Morococha, Oroya, los extensos fundos cafeteros de Chanchamayo y el Perené; contemplando el inmenso valle del Mantaro, eje de la Sierra del Centro, y el progreso creciente de Huancaayo, polo de atracción urbana, pensamientos de acción, cargados de esperanza, nos han ganado: necesitamos acortar distancias, transformar naturaleza, para unificar espíritu; intensificar la técnica, crear riqueza, para lograr cultura; con visión

realista, forjar una nación de equilibrio orgánico, sana, fuerte, unitaria.

Y mientras se preparan las respectivas monografías, que enjuicien la realidad observada, aparecen esta apresurada reseña que del viaje hace, para la Revista de la Facultad, el alumno A. García Ponce, y el relato de una fiesta en el pueblo de Marco, por A. del Pozo.

R. Bustamante Cisneros.

El 19 de julio del presente año, una Delegación Universitaria integrada por el doctor Ricardo Bustamante Cisneros, Catedrático del curso de Geografía Humana General y del Perú, quien la presidía, el catedrático doctor Enrique Barboza, el señor Miguel A. Sardón, asistente de la Sala de Geografía, el señor Jesús Delgado, estudiante de Medicina, y 26 alumnos del 2.º años de la Facultad de Letras, emprendimos un recorrido de estudio por los valles orientales del Chanchamayo y el Perené y el valle interandino del Mantaro, todos ellos en el departamento de Junín, con el objeto de realizar observaciones directas acerca de la geografía humana de esa importantísima región del país.

Había sido siempre nuestro anhelo de estudiantes, y más que de estudiantes, de peruanos, llevar a cabo viajes de esta naturaleza, que nos brindaran la oportunidad de conocer de cerca la fisonomía y las características de nuestro territorio y sus pobladores. La comprensión de la trascendencia nacional y pedagógica que tendría nuestra gira de estudios, por parte del doctor Horacio H. Urteaga, Decano de la Facultad, especialmente de su sucesor interino el doctor Luis Miró Quesada y del Rector de la Universidad, doctor Solf y Muro, permitió que se hiciera realidad nuestro deseo.

Con el Catedrático de la materia, una Comisión Organizadora integrada por los estudiantes Abelardo García Ponce, José Bravo Gurt, Jesús S. Abugattas, Alfredo Mathews Eguren, Alejandro León de Vivero, y Juan O. Nicolini Ayarza, había preparado de antemano el itinerario del recorrido. Conforme a él, partimos del Parque Universitario en tres automóviles "Pullmans" a las 7 ½ de la mañana del lunes 19 de julio. Ibamos todos llenos de euforia, contentos por lo que llamábamos nuestro triunfo, ya que, antes de ahora, la Facultad no había llevado a cabo una sólo excursión. Eramos pues nosotros, los alumnos del curso de Geografía Humana del Perú, los primeros con quienes se empezaba a poner en práctica el nuevo espíritu pedagógico que anima al Consejo Directivo de la Facultad.

Al salir de Lima, por la Avenida Grau, los autos corrían velozmente devorando con facilidad y avidez esa magnífica Carrete-

ra, asfaltada que se extiende hasta Casapalca. Pronto perdimos de vista la Capital, esta Ciudad de los Virreyes, que como dice el doctor Basadre, con sus amplias avenidas, sus hermosas casas residenciales, sus mujeres bonitas y elegantes, sus hombres bien servidos por el sastre, sus cinemas y teatros, y su ritmo apresurado y abundante tráfico en las horas del mediodía y el atardecer, hacen exclamar, a algunos llenos de pueril orgullo criollo, "estamos a la altura de cualquier país del mundo". Pronto nos daremos cuenta de lo contrario, pues no volveremos a encontrar en nuestra tránsito, como no volveríamos a encontrar si viajáramos por cualquier otra región del país, una ciudad como Lima. Y es que, Lima no es el Perú, o para decirlo más precisamente, Lima no es todo el Perú.

Antes de llegar a Chosica, más allá de Vitarte, en Chaclacayo, que está surgiendo como un lindo y primcroso amasijo de casitas de campo, encontramos sol, un sol precioso y acariciante, que por lo repentino con que nos sale al encuentro, dá la impresión de ser la bienvenida que nos envían los Andes, cuyas estribaciones y contrafuertes vemos creciendo a nuestra vista.

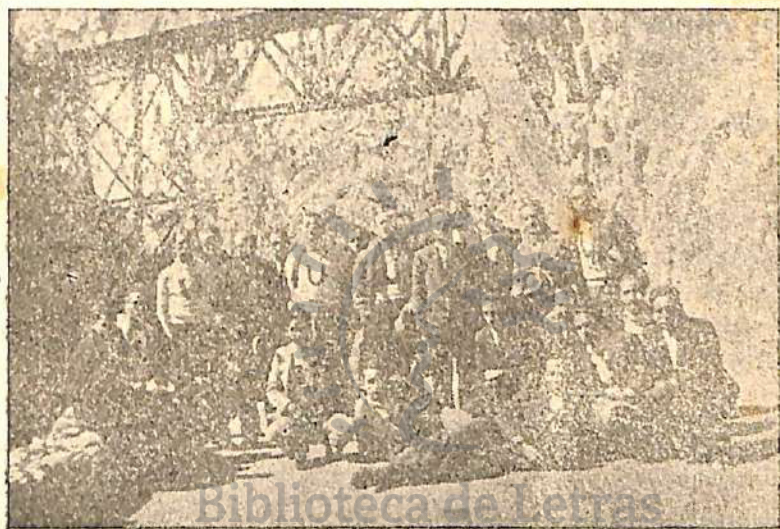
El paisaje presenta las únicas galas del sol y del cielo azul, estamos en una especie de cañón angosto, una estrecha quebrada, que se va cerrando cada vez más y por cuyo fondo corren tumultuosas las aguas del río Rímac. Pasamos rápidamente por Chosica. No nos detenemos. Queremos subir "arriba, siempre arriba" como los aviadores. La carretera comienza a retorcerse, y nues-



tros carros describen ochos incesantemente. Llegamos a Viso. No podemos resistir la curiosidad de ver y probar, en la misma fuente, las aguas minerales de aquel lugar, tan justamente famosas por sus propiedades digestivas. La idea de beber de la misma fuente se nos frustra, pero en cambio, los empleados, con suma amabilidad,

nos brindan bastantes botellas, cuyo contenido tomamos ávidamente porque a alguien se le ocurrió decir que eran buenas para el soroche.

A pocos instantes de salir de Viso, nos circundan cerros y más cerros; entre ellos como evitándolos serpentea la Carretera Central, al costado siempre del río Rimac que a cada paso se hace menos grande pero más sonoro y torrentoso. Pronto llegamos al lugar en que está ubicado el puente del Infiernillo en la línea del ferrocarril, de ese ferrocarril que es una maravilla de la ingeniería y que tanto admiran los turistas. El puente aparece brusca-

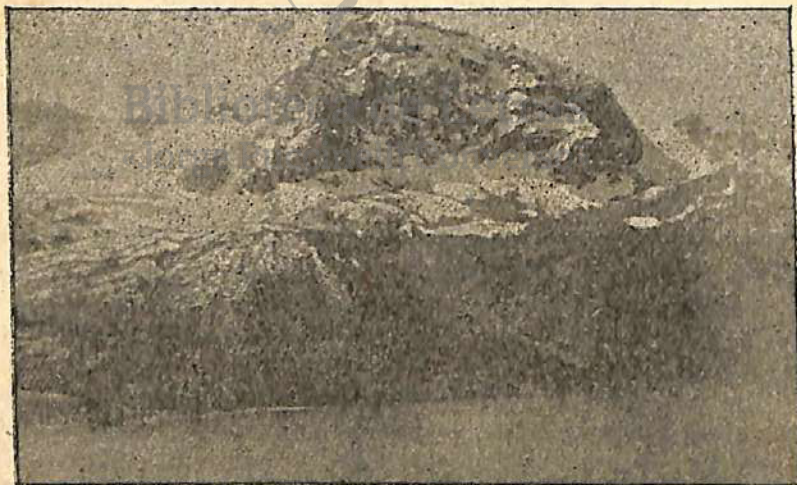


«Jorge Puccinelli Converso»

mente por un hueco que está más o menos a la mitad de un cerro elevado y pronto se introduce por el hueco de otro que está al frente, como si tuviese miedo del vacío, del abismo, que desde arriba debe de dar vértigos advertirlo. La carretera en esta parte, notable acierto de la ingeniería nacional, pasa por debajo del puente atravesando dos veces el río por dos magníficos y sólidos puentes. Nos admira el camino, nos admiran los puentes, nos admira el ingenio humano que de este modo sabe domeñar los obstáculos que la naturaleza nos opone. Tomamos varias fotografías y luego reanudamos nuestra marcha. Ya no corremos como antes. Ahora los automóviles se sofocan y hasta parece que les faltara aire como a nosotros. Nos encontramos ya metidos en el corazón de los Andes. Ahora comprendemos y apreciamos que no eran exageradas las palabras del escritor colombiano don José María Samper, cuando decía: "A los europeos que no conocen el Nuevo Mundo se les podría decir, para darles una idea vaga de la grandeza física de este continente: Multiplicad veinte veces los Alpes por los

Pirineos y los Apeninos, tendréis aunque con grandes diferencias geológicas e hidrográficas, algo parecido a los Andes". Realmente son imponentes en su severidad, en su tamaño, en su fuerza agresiva, estas montañas de los Andes. Parecen seres gigantes, que para no topar el cielo estuvieran sentados con la cabeza erguida y fiera. Personajes graves y serenos de un drama doloroso, doloroso sí, porque en el ambiente se respira dolor, desgarramiento. Ya sabemos efectivamente que en nuestra vida histórica estas montañas desempeñan un rol fundamental. Su acción nos explica en gran parte, la integridad de nuestra evolución histórica. Nuestro retraso en la formación de nuestra nacionalidad, el regionalismo, el enconchamiento andino del indígena quechua y aymara y la persistencia de formas de vidas pretéritas, se deben en gran parte a la influencia que ejercen los Andes. Por otro lado que plena, qué rica en sugerencias estéticas son estas montañas, y cómo invitan a la reflexión. Ellas llenan nuestros ojos pero al mismo tiempo suscitan en nuestra alma la energía contenida, el impulso creador, el *elan vital*. Esos cerros inmensos no invitan a la indolencia y la dejadez, son por el contrario un grito de llamada a la acción, al trabajo, al esfuerzo continuado y enérgico.

Ya hemos subido bastante, la respiración se nos hace difícil ahora quisiéramos descender, sin embargo, los nevados de Anti-



cona, el punto más alto de la carretera, nos detiene por su belleza. Se levantan graciosa y majestuosamente a la vez, como arropados en un manto blanco adornado con reflejos de sol, desde los bordes de unas lagunas azuladas y violáceas. El paisaje es en realidad de un encanto mágico. A pesar del frío y de la altura bajamos de los carros y tomamos varias fotografías, luego comenzamos a descender. El viento de estas cordilleras suena fuerte al

chocar con las cumbres y parece que silbara nuestro temor y nuestras ansias de lugares más bajos. A poco, tenemos a la vista a Morococha, centro minero importante que alberga a cerca de 3 mil obreros y sus familias. Estamos en los dominios de la "Cerro de Pasco Copper Corporation". Descendemos de los vehículos y pronto nos encontramos rodeados de varios jóvenes del lugar que nos conducen al local del Casino Social. Descansamos allí un instante y luego nos dirigimos a un restaurant, en donde almorzamos. Hay entre nosotros algunos que están algo asorochados y que, en consecuencia, están inapetentes; otros en cambio, los más, se sienten bien y comen como si estuvieran en su casa.

Habiendo reparado en esta forma nuestras fuerzas, paseamos por este asiento minero. Una vez que hemos efectuado las observaciones que cada uno de nosotros necesita para realizar sus trabajos monográficos, partimos en dirección a la Oroya. La carretera se desliza en una suave gradiente. De trecho en trecho encontramos numerosos grupos de obreros que trabajan en el ensanche y mejoramiento de la Carretera.

Llegamos por fin a la Oroya. Esta no es una sola; hay dos Oroyas: La Oroya Vieja y la Oroya Nueva, una a cada lado de un puente sobre el Mantaro. La Oroya Nueva pertenece a la Compañía. Allí, paralelamente al río, que corre por el fondo de una quebrada estrecha, se extiende una larga calle, a uno y al otro lado del cual se hallan numerosos establecimientos comerciales, hoteles, la estación del ferrocarril, los campamentos de obreros, etc., etc. En la Oroya la compañía ha tenido la gentileza de prepararnos alojamiento en el Hotel Junín, que es de un confort realmente admirable. En él viven los empleados americanos solteros. Pensamos que este hotel podría servir muy bien de modelo para una "Casa del Estudiante" que tanto hace falta, pues es necesario rodear al estudiante de comodidades, para evitar convertirlo en un resentido social. Si se quiere un mejor rendimiento en los estudios y una mejor formación intelectual y moral en nuestra juventud estudiosa, hay que proveerla de condiciones de vida que le otorguen dignidad y salud. En todas partes se ha enfocado este problema y se le ha procurado solución. También Chile, nuestro país vecino, está atendiendo esta necesidad estudiantil. Quisiéramos que en el Perú los estudiantes lograsen satisfacer estas necesidades de Servicio Social.

En el Hotel, el Dr. Bustamante Cisneros y los estudiantes, recibimos la visita del abogado de la Compañía, el doctor Ernesto Souza, y de las autoridades políticas, municipales y escolares del lugar. Después de departir animadamente con ellos nos dirigimos a comer al Hotel Mercantil. Más tarde acompañados del doctor Souza, caminamos en dirección a la fundición y los diversos talleres de la Oroya. Nos aguarda un espectáculo soberbio. Un recinto gigantesco en cuya bóveda hay un enorme carril-grúa que va

transportando enormes tazas de metal líquido de un horno a otro. El metal rojo va corriendo por angostos canales, dándonos la impresión de enormes y fantásticas serpientes. Hace mucho calor y la atmósfera se halla cargada de diversas sustancias químicas que se desprenden de los minerales que se están tratando. Miramos a muchos hombres que trabajan. Parecen figuras que laboran en un infierno dantesco. Son los obreros. Ellos manejan las máquinas más complicadas y realizan trabajos de gran dificultad y riesgo. Pronto nos sentimos sofocados en este lugar y el doctor Souza dándose cuenta de ello nos conduce por otras dependencias. Nos muestra una enorme chimenea, la más alta del mundo, hecha íntegramente de materiales nacionales, que ha costado trece millones de soles. Se pretende condensar en ella los humos que en la actualidad producen un gran daño, agotando la vida animal y vegetal de gran parte del valle del Mantaro, y que provocan como es natural las justas quejas de los indígenas que tienen su asiento en estos lugares, los cuales, obligados de ese modo, emigran después de vender sus terrenos a la Compañía. En el trayecto de una a otra repartición el doctor Souza nos habla de la bondad del obrero indígena. Nos dice que el indio se adapta pronto al trabajo mecánico y se convierte en un obrero experto y hábil que no tiene nada que envidiar al trabajador de otras razas. Nos muestra después, un laboratorio de investigaciones, en donde trabajan celebridades mundiales buscando afanosamente la invención de procedimientos más económicos para el tratamiento y beneficio de los metales. Así nos refiere que hace poco se ha inventado en este lugar un procedimiento nuevo para el beneficio del estaño que, en la actualidad, está dando grandes resultados. Visitamos sucesivamente, la concentradora, el departamento en donde se obtiene el plomo electrolítico, los talleres eléctricos, la casa de fuerza, etc. Todo esto nos parece grandioso. Pensamos que debiéramos de estar orgullosos de este asiento de nuestra industria minera; a punto de estarlo, nos acordamos que no es nuestro, sino de los yankees, y entonces sólo nos sentimos orgullosos de la capacidad de nuestros indios que no son inútiles y torpes como se ha afirmado muchas veces, sino todo lo contrario. Regresamos al Hotel azotados por un viento frío que nos obliga a cobijarnos en sus confortables departamentos.

Al día siguiente, luego de desayunarnos y agradecer a nuestros hospedantes, nos instalamos nuevamente en los carros y emprendemos viaje a la ciudad de Tarma. Pasamos por el puente sobre el Mantaro, atravesamos la Oroya Vieja y pronto no vemos sino las chimeneas humeantes, y vagamente, la fisonomía renegrida de este pueblo de obreros. Después, no percibimos sino el recuerdo impresionante de los talleres de la fundición y de los obreros que han dejado el poncho y la vestimenta típica para adoptar el overall. En el camino voy pensando en la influencia que ha de ejercer la industria minera tan altamente técnica en la mentali-

dad del indígena de la Sierra del Centro. Más adelante me referiré a ello. Ahora sigamos en nuestro relato. Los autos han subido bastante, pero luego, comienzan a bajar otra vez. Antes de la Oroya la vegetación había desaparecido por los humos. Alejándonos de ella notamos dilatadas pampas con un revestimiento vegetal insignificante. Constituyen lo que Troll llama los Andes de Puna. De vez en cuando observamos algunos rebaños de ovejas y algunas chozas de piedras con techos de "ocsha". Cuando dirigimos nuestra vista por estos lugares comprendemos por qué el indio es triste. El paisaje es de una monotonía angustiosa y penetrante. Ocurrir entonces un fenómeno que tiene cierto parecido con el mimetismo. Mis compañeros se contagian de la tristeza del ambiente y se vuelven parcos. Hablan poco y cesan las bromas y los cantos.

Poco a poco así que nos acercamos a Tarma, el cuadro natural va adquiriendo animación y vivacidad. Pasamos como en un sueño por varios pueblecitos que son distritos o anexos de la provincia. Vemos numerosas plantas de eucaliptus, altas, erectas. También se notan diseminados, los quishuars y los quinhuales, el maguey, el aliso, la guinda, etc. Llegamos por fin a la entrada de Tarma, "La Virgencita de los Andes" como la llamara un compañero nuestro. Es un pueblo simpático, tiene fama en el departamento de ser muy limpio; ello sin embargo no nos fué dado constatar porque Tarma ha sido víctima hace poco de una inundación y todavía presenta huella que no se han borrado del todo. Esta ciudad, que posee un hermoso Parque, que sostiene un comercio más o menos activo, que tiene el mejor local de Colegio Nacional del departamento, fué en la Colonia el centro de una de las ocho Intendencias en que se hallaba dividido el territorio del Virreynato del Perú. Es señorial y todavía se conservan algunas casas que revelan la influencia española. Esas casonas de amplias puertas con zaguanes y patios empedrados, con muros llenos de frescos con motivos generalmente religiosos, y con jardines cargados de flores y duraznos, todavía le prestan su peculiar fisonomía y revelan su tradicional abolengo.

Nos detenemos en el "Hotel Córdova", almorzamos en él, y luego, reanudamos el viaje en dirección al pueblo de San Ramón.

Atravesamos tres o cuatro pueblecitos, todos parecidos, con su plaza, su iglesia, su local del Concejo Municipal, una calle larga con casas en su mayor parte de un solo piso, con techos de tejas coloradas y paredes blancas o color tierra de adobes y también de tapias o de los dos a la vez. Las casas tienen una sola puerta y casi nunca poseen ventanas. Notamos que las de la plaza son las mejores. Fuera ya de la calle principal hay otras casas, pero ellas ya no guardan disposición lineal ni simetría. Están lejos las unas de las otras.

Pronto entramos en la carretera peligrosa. Peligrosa porque es angosta, porque tiene muchas curvas y porque siempre lleva

al costado un abismo por cuyo fondo corre el río Tarma. En esta carretera no hay doble tráfico. Hay un día que es de subida y otro de bajada. Los martes, jueves y sábado son de bajada a la montaña y los otros días de subida a Tarma. En las noches se permite el tráfico en uno y otro sentido. Hay que poseer nervios en buen estado para viajar por esta carretera. Los choferes tienen que ser expertos y estar con la atención pegada en el camino. Estamos en el tramo de Mala Alma y Huaca Pishtama, tan tristemente célebre por la cantidad de accidentes que se han provocado en él. Pasamos el túnel de Carpa Pata de cerca de 150 metros, pronto alcanzamos también el lugar denominado Oreja de Capelo, de una belleza y trazo admirables. La carretera va en bajada. A medida que avanzamos va aumentando la temperatura y la vegetación se va haciendo más densa. Pronto notamos los bordes de los ríos llenos de árboles. Más allá aparecen cerros inmensos cubiertos de bosques de árboles estrechamente unidos. Estas enormes lomas verdes han de limitar nuestra vista hasta el punto final de la montaña. Ni en Pampa Whaley las dejamos de mirar. Los aviadores de la base de San Ramón nos decían que solo después de volar durante una hora se les pierde de vista, para no ver desde entonces sino un mar verde, una especie de pampa mirado desde arriba, pero, en realidad, un bosque impenetrable, una orgía de árboles prensados, enmarañados y apretados por lianas, bejucos y enredaderas.

Se va haciendo de noche. Los autos prenden sus faros. En el camino encontramos un grupo de estudiantes de la Escuela de Ingenieros que se hallan de regreso y nos avisan que en San Ramón nos están esperando. El cielo es de una belleza incomparable, ni una sola nube la empaña y, se encuentra poblada de estrellas, en medio de las cuales la luna inunda con su plateada luz el seno oscuro de la noche florestal.

Ya el primer carro en el que viajan los doctores Bustamante Cisneros y Barboza se encuentra a la entrada de San Ramón. Se detienen allí sus ocupantes y no avanzan en espera de los compañeros restantes. A poco llegamos nosotros y junto con ellos esperamos llenos de preocupación al tercer carro, que momentos antes había sufrido un desperfecto. Al cuarto de hora llegaron nuestros compañeros de pie sobre un camión. El auto se había descompuesto. Continuamos el viaje interrumpido y en diez minutos más entramos a San Ramón. Este es el primer centro poblado que se encuentra al ir a la Montaña. Es una larga calle, la cruzamos y nos detenemos ante el "Hotel Laos". Nos ubicamos en éste y en el "Hotel Sarmiento". Recibimos luego la visita del comandante José Villanueva, Jefe de la Base Aérea de San Ramón, quien al tener conocimiento de lo ocurrido con uno de nuestros carros, dispone que inmediatamente salga un camión de la Base, conduciendo repuestos y un mecánico para repararlo. Comemos en nuestros

respectivos alojamientos y luego de pasearnos un instante, rendidos por el cansancio y por el temor al paludismo, nos cobijamos en camas bien cubiertas por los mosquiteros. Antes habíamos comenzado ya, a ingerir unos píldoras de quino-plasmina y quinina que llevábamos en previsión.

A la mañana siguiente, o sea el 21 de julio, nos levantamos relativamente temprano y atraídos por el canto de los pájaros, y por el olor húmedo y agradable de raíces, árboles, frutos y flores. Tomamos desayuno y a las nueve y media nos dirigimos a visitar la Base Aérea. Cruzamos un puente sobre el río Tulumayo y en diez minutos nos encontramos sobre la pista ancha que conduce directamente a los diversos pabellones y talleres instalados cerca del gran campo de aviación ganado al monte en continuado esfuerzo. Pronto salen el Jefe y los oficiales a darnos la bienvenida. Nos conducen en seguida a visitar los diversos compartimientos de este importante centro de nuestra aviación militar. Visitamos los



hangares, observamos las máquinas aladas que bebiendo las distancias con su potente vuelo han hecho posible vencer el obstáculo a la movilización, al tránsito por estas selvas. Ellas no serán más las vallas impasables, pues nuestros valientes pilotos la han saltado con sus aeroplanos. Los oficiales, con quienes conversamos, nos hablan de las emociones y de las preocupaciones de un vuelo sobre la selva. De esas selvas que aterran por su exuberancia, por su vitalidad desbordante, por su inmensidad espantosa. Sobre ellas no se vuela, nos dicen, sino sobre los ríos. Estos ríos de la montaña cuyas aguas generosamente devuelven los Andes al Atlántico, que las envía al occidente por las nubes impulsadas

por los vientos alisios, son en realidad a manera de caminos por encima de los cuales discurren las aves mecánicas. Después paseamos por los talleres de mecánica, carpintería, pintura, etc., y por las oficinas. Tomamos algunas fotografías de este admirable puerto aéreo en creciente progreso y luego regresamos a San Ramón.

Almorzamos con cierta rapidez, pues, debemos partir en dirección al Perené antes de la una del día. Pronto estamos listos y enrumbamos hacia el valle del Perené. Descontamos rápidamente la distancia que nos separa de la Merced. Observamos de pasada que se trata de un pueblecito más importante que San Ramón. Tiene una plaza rodeada de edificios mejor construídos, muchos de ellos de dos pisos, con techos de calamina. En las esquinas vemos carteles que anuncian el programa del cinema local. Nos cuentan los choferes que los domingos, en la Merced, se realiza una activa feria a la cual bajan los chunchos en busca de telas de algodón, espejos, agujas, cuchillos, machetes y otras cosas por el estilo que obtienen a cambio de productos que ellos a su vez conducen. Se trata de collares hechos de semillas de diversos colores; de plumas, de arcos y flechas, de animales selváticos, de vainilla, achiote y otros productos de la floresta que los comerciantes adquieren para revenderlos a los turistas que llegan en gran cantidad a estos lugares.

Hemos dejado ya muy atrás a La Merced. Ahora nos encontramos rodando sobre una carretera más angosta quizá que la que existe entre Tarma y San Ramón, con muchas curvas igualmente, pero sin embargo, ella no nos produce la misma impresión de peligro que aquélla. Es que el borde de la carretera no está limitado por un abismo tan profundo y desguarnecido de árboles como ocurre en la carretera de Tarma a San Ramón. Acá, los árboles crecen a la izquierda, trepando briosamente hasta las cumbres de los montes que vamos bordeando, pero también a la derecha, bajan cautelosamente hasta la orilla misma del río. Desde esta vía sentimos la emoción estética más exaltada, al contemplar, cómo desde un promontorio, cuando la carretera va abrazando el vientre de un cerro elevado, el panorama más espléndido con que la naturaleza puede regalar. Un cielo de un azul intenso, un Sol que con sus rayos cubre todo y presta intensa vida y animación y multitud de cerros revestidos de verde por árboles que en las cumbres parecen ya herir al cielo. Y en el fondo, un río de plata, cuyas aguas fluentes se deslizan con algo de la majestad con que debe correr el Amazonas, sin apresurarse, sin alterar su ritmo siempre sereno.

La Carretera está en declive. El valle del Perené está más bajo que el del Chanchamayo. Atravesamos un magnífico y largo puente tendido sobre el río que más abajo ha de ser ya el Perené y a poco caminar por la otra orilla, tenemos nuevamente que atravesarlo por otro igual que el anterior. Allí nos encontramos con un colono italiano. La selva ha impreso en este hombre sus hue-

llas. Sus cabellos son tan enmarañados como las plantas de estas florestas. Su mirada, su actitud, es la de la indolencia y la dejadez. En estos lugares nadie se muere de hambre. La naturaleza es muy pródiga y amorosa para permitirlo. Hay colonos, como el italiano que encontramos, que se acogen a ella únicamente. Esto hace pensar en el problema de la colonización de nuestras montañas. Quizá si este hombre está patentizando la incapacidad de la raza blanca para sostener la lucha en estos lugares. Más tarde en cambio podemos observar, como unos pocos empleados sajones de la "Peruvian Corporation", concesionaria de una enorme extensión de terrenos en estas montañas del Perené, han sometido a su esfuerzo, con la ayuda de los indios de la sierra, quechuas y hasta aymaras de Puno, y también con la cooperación de "campas" y "amoishes", naturales de esas comarcas selváticas, tantos y tan vastos terrenos, ganados al monte con el fuego y el machete, en los cuales, hoy día, se ven prósperas y magníficas plantaciones de café.

Estamos ya en Pampa Whaley. Es una de las cinco "haciendas" en que se halla dividida la concesión de la Compañía inglesa, un trozo de la cual ésta, a su vez, ha traspasado a un grupo de japoneses. En Pampa Whaley, nombre otorgado a este lugar en recuerdo del inglés que fué victimado por los salvajes ahora 40 años, se concentra todo el café producido en las demás haciendas. Allí se le somete a determinados procedimientos para secar las guindas, y luego, mediante máquinas modernísimas, se les pela y encostala en sacos que son enviados en grandes cantidades al extranjero, en donde alcanzan una cotización elevada, por su excelente calidad. Aquí hay numerosos trabajadores con sus familias. Entre ellos notamos la presencia de algunos chunchos. Nos acercamos a ellos. Al principio nos rehuyen, pero luego, se muestran bastante comunicativos y versátiles. Nos cuentan que están trabajando para la Compañía; que se ocupan de talar unos bosques que se extienden por encima de Pampa Whaley y que reciben una remuneración en relación a la extensión de selva que han logrado limpiar. Están acompañados por algunas mujeres. Se hallan cubiertos por una especie de túnica de color chocolate, que a veces llevan franjas de un tono más oscuro, son las "cushmas" que en las mujeres son de color negro, las cuales se distinguen además porque portan abundantes collares; las jóvenes en mayor cantidad y de más variados colores. Una de ellas carga un chico sobre las espaldas en la misma forma que lo hacen las japonesas y chinas. A duras penas logramos convencer a estos chunchos para que se desprendieran de algunos collares a cambio de dinero. Notamos que los hombres querían hacer el negocio, pero que, a pesar de ello, no se atrevían a obligar a sus mujeres a que nos lo vendieran. Más bien, preferían convencerlas en su idioma. Evidencian estar ya entrenados en el comercio. Piden un precio excesivo por sus objetos y saben

mantenerse con tenacidad en él. Queremos tomarles unas fotografías y cuando les manifestamos nuestro deseo, nos responden: "A nosotros nos pagan para tomarnos fotografías". Les hablamos de Lima y uno de ellos nos dice que tiene deseos de ir allá pero que no tiene medios. Estos hombres no son bajos y pesados, sino de mediana estatura, de cuerpo más o menos esbelto, de tez color tierra, de ojos rasgados y pelo bien lacio que llevan suelto y largo, tanto uno como otro sexo. Los indios serranos que trabajan en ese lugar no consideran peruanos a estos chunchos. La mujer de uno de ellos con quien conversamos nos dice: "más allá ya no hay peruanos, hay sólo chunchos". Esta no es una actitud sin importancia. Revela una cruda realidad. El Perú es la Sierra y la Costa, más la Sierra que la Costa, aún cuando ésta, a través de toda nuestra vida republicana, ha tenido una posición dirigente, y recién ahora va siendo la Montaña. En el Perú hay un triple contraste geográfico fundamental. Debiera ser también triple el contraste social e histórico. Pero nó. En el Perú sólo hay dualidad desde el punto de vista político, económico y social. El hombre de la selva todavía no ha dicho su voz y pasará tiempo aún para que intervenga activamente en el complejo de nuestra vida nacional.

El Estado comprende el valor inmenso de esta región del país. Por eso construye, activamente, por todas partes, carreteras de penetración. Pero carreteras solas no bastan. Es necesario realizar la conquista económica efectiva. Hay que poner en práctica un plan de colonización y poblamiento. Hay que fomentar el cultivo altamente técnico del café, la caña de azúcar, las frutas y tantos otros productos. Hay que establecer en estos mismos lugares fábricas que transformen las materias primas que se obtengan, etc. Estos valles tienen un porvenir magnífico, pero necesitan de la intensiva atención constante del Estado. Por otra parte procede también, urgentemente, una labor de higienización y salubridad. Faltan médicos en estos pueblos, y faltan medicinas baratas. Hemos encontrado en nuestro paso a algunos individuos atacados de paludismo. Rostros pálidos que nos impresionaron mucho. Les dimos cuantas píldoras de quinina llevábamos, recibiendo el agradecimiento de esta pobre gente.

Una vez que visitamos los talleres de este importante centro productor de café, acompañados por el Gerente, señor Patterson, emprendimos viaje de retorno.

Salimos a las 5 y media de la tarde y llegamos a San Ramón tres horas después. Hicimos los honores a la comida que nos había preparado el señor Laos, el amable y generoso dueño del Hotel en que nos hospedábamos, quien nos agasajó con un cocktail preparado con el jugo de una raíz de la región. Mientras comíamos recibimos la sorpresa de poder adquirir periódicos de la capital del mismo día. Leímos con avidez las noticias que nos traían los diarios. Por un rato algunos de mis compañeros juegan billar, o-

tros pasean por las calles, y, los más, conversan y comentan las incidencias del viaje. Luego nos acostamos.

Al día siguiente, después del desayuno, nos dividimos en dos grupos. Uno de ellos, con el Dr. Barboza, se dirige a la Hacienda Naranjal atraído por la existencia de una piscina y de las naranjas y chirimoyas de aquel lugar. Allí fueron atendidos por el dueño de la hacienda que les invitó un suculento almuerzo. Otro grupo, en el que se encontraban el Dr. Bustamante Cisneros y yo nos orientamos hacia el río Tulumayo en cuyas aguas nos bañamos. Almorzamos luego, y después de corto descanso nos preparamos para jugar un partido de foot ball con un equipo local, que, en mejor estado físico que nosotros, nos ganó por 3 goles a 2.

Estamos a 22. Esta es la última noche que pasamos en San Ramón. Al día siguiente partimos, en efecto, a las 8 a. m. con dirección a Tarma. Rápidamente descontamos el camino. Pronto nos hallamos en Acobamba, distrito próspero de la provincia. Nos detenemos en la plaza. Observamos que hay una pequeña feria en donde solo se venden comestibles. Visitamos la Escuela. Es un Centro Escolar. El local ha sido recientemente construido por la comunidad acobambina, con la asistencia económica del Gobierno.

Abandonamos Acobamba y a la media hora nos encontramos nuevamente en Tarma. Instalados en el "Hotel Córdova", nos sirvieron el almuerzo.

En la tarde los miembros del Centro Social tuvieron la gentileza de ofrecernos una champañada. El Presidente de esa Institución pronuncia frases elogiosas para nuestra Universidad y se refiere a la importancia nacional de las giras de estudio propiciadas por la Universidad. Termina haciendo votos porque los resultados de nuestro viaje sean fructíferos. El doctor Bustamante Cisneros agradece el agasajo en frases adecuadas. A continuación un grupo de distinguidos profesionales que han cursado sus estudios en nuestra Universidad, nos condujeron a una de esas tan famosas huertas de melocotones y allí nos brindaron una pachamanca. En los finales hicieron uso de la palabra los doctores Pajuelo, Rivera Piérola y otros, cuyos nombres sentimos no recordar, destacando la significación singular que cobra este cambio de actitud en los métodos de estudios de la Universidad. Hicieron resaltar además que solo así, mirando de frente las facciones del país, enterándose de sus necesidades y problemas será cómo la actual generación universitaria podrá adquirir capacidad para asumir, con sentido de la realidad, una responsabilidad dirigente en el porvenir. A nombre de la Delegación sanmarquina agradecí esta cordial y generosa manifestación, que más que a nosotros, profesores y estudiantes personalmente, estaba dirigida a toda la juventud estudiosa del país, puesto que cada uno de los componentes de la Delegación Universitaria procedía de distinto departamento o provincia.

Al día siguiente abandonamos Tarma, la blanca y bella ciudad andina, cuyo recuerdo conservaremos siempre muy gratamente. A las 8 a. m. del 24 tomamos la carretera a Jauja, que notamos algo descuidada. Nos informan que está casi abandonada desde que fué entregada al tráfico la Carretera Central. Esta, sin embargo, no es una razón, puesto que este camino también es traficado por los carros que se dirigen a Huancayo y a la montaña en pos de los productos propios de esa región. Por el camino nos encontramos con algunos pueblecitos, son más caseríos que otra cosa. Algunos cerros están como peinados, y presentan innumerables pliegues en sus faldas. Son los andenes, que se ofrecen a la vista en profusión por todos estos valles del Centro. Al mirarlos nos viene a la mente la sabiduría de los antiguos peruanos que al faltarles tierras para el cultivo, supieron ganar retazos a los cerros, con el mismo esfuerzo con que los holandeses han arrebatado al mar grandes extensiones de territorio. Estos mismos andenes sirven hoy día de inspiración a los ingenieros norteamericanos para impedir la pérdida de grandes terrenos de cultivo que están amenazados por las aguas.

Al alejarnos de Tarma subimos algo, y luego el carro se desliza por un terreno plano. A uno y otro lado del camino se extiende una planicie cubierta de una hierba pobre. Tenemos otra vez ante nosotros los Andes de Puna. De vez en cuando distinguimos una manada de ovejas al cuidado de un pastor indígena y sus auxiliares los perros ovejeros. Caminamos largo rato en medio de este paisaje desolado. Las cadenas de montañas que circundan estas pampas se van estrechando hasta que nos vemos de pronto metidos en una angosta garganta. A los dos lados no se ven más que rocas. Damos muchas vueltas y por fin, de pronto, tenemos ante nuestra vista el valle de Jauja y Huancayo.

Grande y hermoso este valle del Mantaro. Orientado de Norte a Sur, con una superficie de 42 leguas cuadradas, fué el centro en donde, en tiempos anteriores a los españoles, se desarrollaron los aguerridos pueblos de los xauxas y los wankas, cuyo sometimiento según las tradiciones costó gran trabajo y esfuerzo a los Incas. Por en medio de ella, corre el río Mantaro, a veces rápida y otras lentamente. Los que han estudiado la geología de estos lugares dicen que en tiempos remotos, este valle fué la cuenca de un gran lago, cuyos rezagos, como para probar este aserto, son las lagunas de Paca a 4 kilómetros de la ciudad de Jauja y las lagunitas de Ahuac, distrito de Huancayo. Nos hemos detenido en una altura para divisar mejor este valle. Mirándolo se justifica el porqué de haber sido cautivado Pizarro, para fundar en él la Ciudad de Santa Fé de Jauja, primera capital española del Perú, en octubre de 1535. Es cierto que después se arrepintió y adujo pretextos, como que hacía tanto frío, que hasta "las yeguas no parían",

para trasladar la capital a Lima, pero debieron ser otras las razones. Y es que Jauja no podía ser la capital permanente de un nuevo imperio colonial. Su personalidad era demasiado pujante. La capital tenía que estar a un paso del mar para huir o para recibir auxilio. Las crónicas afirman que estos lugares eran muy poblados por los indios. Era peligroso tener una capital rodeada de ellos. Estos fueron sin duda los motivos que indujeron a verificar el traslado.

Al descender al valle, desde el promontorio en que nos hallábamos, divisamos por aquí y por allá unos abigarramientos de casitas color tierra con sus techos de tejas rojas. Son pueblecitos. Hay muchos de ellos en el valle. Generalmente están arrinconados, pegados a los contrafuertes de las dos cadenas de montañas que limitan esta unidad geográfica. Hemos llegado en julio, época de la estación no lluviosa y de frecuentes heladas. En todas partes las gentes están dedicadas a las labores de la trilla. Los campos están por pedazos amarillentos y por pedazos pelados. Los primeros han sido aquellos en que se ha cultivado trigo, los segundos han dado ya sus frutos de papas, maíz, habas, arverjas, etc. De 10,000 hectáreas irrigadas que hay en el valle, 5,739 se dedican al cultivo del trigo, dando una producción de 6,635,820 kilogramos. Ya hemos dicho que la superficie de esta región es de 42 kilómetros cuadrados. Los cálculos hechos por los ingenieros que han estudiado el problema de la irrigación de este valle afirman que 40,000 hectáreas más, son irrigables. De modo que se podría producir, si es que se irrigara esta zona, una cantidad de trigo 8 veces mayor que hoy, existiendo la posibilidad de obtener hasta 2 cosechas por año. ¡Agua! ¡Agua! es el clamor de estos pueblos desde muchísimos años. En beneficio de ellos, en beneficio de todo el Perú, que necesita el trigo que se podría producir allí, es conveniente que se atienda este anhelo de los pueblos de Jauja y Huancayo.

Al acercarnos a Jauja, encontramos en el camino una gran era, en donde se vé en pleno trabajo a una máquina trilladora. Nos informamos y nos dicen que nos encontramos en una de las haciendas del rey del trigo don Isaías Grandes. Esta es una de las pocas propiedades de gran extensión en el valle, pues, aquí predomina la pequeña propiedad, el minifundio, y al lado de ellas también las tierras comunales. Es arriba en cambio, en la Puna, en donde están asentados preferentemente los dominios del latifundismo, y de las Comunidades.

Y ya que hablamos de Comunidades, esta Comarca es rica en ellas. El indio de la Sierra del Centro a pesar del fuerte proceso de amestizamiento que se está operando y quizá, precisamente, a causa de ello, se ha prendido con fuerza sin igual a las formas comunitarias de propiedad y trabajo. Aquí se dá el caso sorprendente de que lejos de disminuir las comunidades han aumentado

en el curso de 50 años a esta fecha. Y hay que ver qué género de comunidades: Muquiyauyo y Chupaca son dos ejemplos. Cada una tiene planta y molino eléctrico y se hallan perfectamente organizadas con los caracteres de una Cooperativa de producción comunitaria que muy bien podrían servir de ejemplo para elevar la condición de todas las comunidades del país. Estas comunidades ejercen una acción civilizadora en alto grado. Sostienen a sus niños y jóvenes de mayor capacidad en los colegios y Escuelas de Altos estudios de Jauja y la capital. Se preocupan intensamente por la instrucción, construyen a su costa locales escolares, de las cuales son una muestra admirable, los de Masma, El Mantaro, Apata, Matahuasi, etc. Es curioso, pero es evidente. El indio sin necesidad de que ningún Patronato se lo aconseje, ha visto cuál es el camino de su mejoramiento. Se educa, busca los conocimientos, adquiere conciencia y dignidad. Estos indios de Jauja y Huancayo se saben hombres con los mismos derechos y calidades que cualquier otro. Es un nuevo indio. Un indio que marcha hacia su regeneración. Esto merece una explicación. No hay que suponer que el indio de estas regiones sea superior a los indios de otros lugares, por naturaleza. Si los ha aventajado es por causas que muy bien se pueden puntualizar: el camino y el ferrocarril, en primer término, que los ha llevado a ponerse en contacto con la capital en donde han aprendido nuevas formas de vida y han adquirido nuevas necesidades y convicciones. La carretera que es un lugar por donde se camina, es también una fuerza que impele a caminar. Y efectivamente el camino ha seducido a los indígenas de estos lugares y los moviliza a ritmos, cuyas consecuencias pronto se dejarán sentir en nuestra vida histórica. Otro factor que ha contribuido a levantar al indio, de quien venimos tratando, es la industria minera. Al contacto con la máquina ha desatado el nudo que lo tenía atado al suelo". Es en realidad el régimen agrarista, el cultivo indígena de la tierra, lo que constituye el vínculo del indio con su idiosincrasia y lo conserva como tal. Rómpace tal sistema, lo cual equivale a cambiar su economía y se transformará al indio ha dicho un estudioso de nuestra realidad. Y esta es una verdad comprobada en Junín. Además no hay que olvidar el papel educador de la máquina. El hombre que la maneja se dignifica y eleva, porque objetivamente palpa su superioridad ante la naturaleza y sus fuerzas. Estas son a nuestro modo de ver las causas que diferencian al aborigen de estos lugares del resto de sus congéneres en el territorio del Perú.

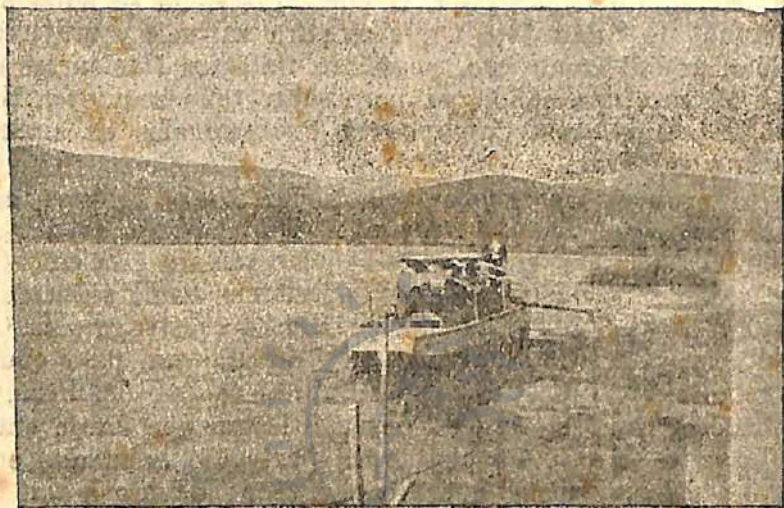
Entramos a la ciudad de Jauja. Es una ciudad tranquila y serena. Todo lo que vemos y respiramos en ella acusa sosiego, calma: "parece la bella durmiente en el valle de los eucaliptus y de las retamas". Sus calles dispuestas, son rectas y están en su mayor parte empedradas teniendo algunas aceras de asfalto. Sus casas no se singularizan de las que hemos visto en Tarma. Son de uno

y dos pisos, hechos de adobes. Tienen techos en su mayoría de tejas y en menor proporción de calamina. Posee un Parque muy bonito, en él se encuentran, la Iglesia Matriz, de nueva y maciza construcción, la Capilla de Cristo Pobre, el local del Concejo Municipal, la Plaza de Abastos, numerosos establecimientos comerciales, etc. Notamos que en su mayoría los dueños son japoneses. En todo el centro, el lugar en donde más abunda gente de esta nacionalidad es Jauja. A corta distancia se halla el Colegio Nacional de "San José" que es para varones y mujeres. Tanto aquella ciudad como ésta, necesitan Colegios Nacionales de Instrucción Media, para señoritas, pero sobre todo requieren Escuelas Talleres, Escuelas para Capataces y Profesionales en agricultura, ganadería y minería.

El subprefecto de la provincia, señor Souza Iglesias, se acerca en compañía del Alcalde Provincial, Dr. Cordero, a dar al Dr. Bustamante Cisneros y estudiantes la bienvenida a esta ciudad, cuyo clima y excelente situación dentro el territorio, había seducido a don Manuel Pardo en 1860, para que en ella se construyera la Ciudad Universitaria, y posteriormente al General Mangin, para que la señalara como el sitio ideal para una Capital Militar del Perú. Tanto el Subprefecto como el Alcalde nos manifiestan que Jauja era víctima de su buen clima. Que en todas partes se creía que era una ciudad de tuberculosos y que muchas veces, debido a tan injusta reputación, se había dado el caso de que los viajeros evitaran detenerse por medio al contagio. La verdad es que según estudios verificados por el Dr. García Frías, el tal peligro es más reducido que el que ofrecen muchas otras ciudades del Perú. En primer término por la acción del río y de los rayos solares que se encargan por sí solos de destruir los bacilos que pudieran existir a la intemperie; en segundo lugar, porque los enfermos se hallan reclusos en el "Sanatorio Olavegoya" de donde no salen sino en el caso en que debido al tratamiento dejan de ser ya peligrosos, es decir bacilíferos.

Después de almorzar, y en compañía del Dr. Cordero, nos dirigimos a la laguna de Paca, invitados por el Presidente del "Club de Regatas Chullú". Esta laguna está a unos cuatro kilómetros de la ciudad. Con nuestros carros llegamos pronto a sus orillas. Es una laguna que se encuentra a una mayor altura que el valle. Tendrá aproximadamente unos 15,000 metros cuadrados. Sus aguas son de un color verde-azulado intenso. Un viento ligero la va ondulando. Ofrece un cuadro de una belleza imponente. En sus bordes crecen totoras, y al fondo, antes de los cerros que le sirven de marco, se notan densas arboledas. Son alisos, las plantas silvestres más abundantes en estos lugares. Allí, en las orillas de esta preciosa laguna, los jaujinos han construido un bonito local que pertenece al "Club de Regatas Chullú". Al pie de una terraza que dá a la laguna notamos una lancha a motor y unos cuantos

botes. Son de propiedad del Club. El Presidente de ella, quien nos acompaña, nos invita a dar un paseo. Muchos de nosotros aceptamos gustosos y embarcamos en la lancha, la que manejada por un experto piloto nos conduce en veloz carrera por las aguas profundas de la laguna de Paca con que la naturaleza ha querido obsequiar a este valle tan grande y tan hermoso, tan lleno de encantos y posibilidades.



Ahora que nos encontramos en Lima, nos damos cuenta que serán imborrables en nuestro recuerdo todos los paisajes y todas las bellezas naturales de estos pueblos, que se pueden admirar y contemplar maravillados, pero cuyas sugerencias no se pueden expresar en palabras, porque éstas son muy inexpresivas para tantos regalos de la naturaleza,

De regreso a la ciudad, emprendemos nuevamente viaje por una amplia carretera. El señor Subprefecto nos ha invitado a una fiesta típica del pueblo de Marco. Llegamos a este pueblo al atardecer. Desembarcamos en la plaza. La plaza es en los pueblos de la sierra, algo más que las frías y severas plazas de la capital. Son el escenario, son el teatro, en donde se desenvuelven los días grandes de la vida indígena. Allí se realizan las procesiones religiosas. Allí se llevan a cabo las ferias. Allí también baila y se emborracha la gente. Pero además, allí se reúnen los indios a toque de campana cuando se han de discutir los problemas de la comunidad. En la plaza, está contenida toda la vida, toda la historia del pueblo serrano, con sus alegrías, con sus tristezas, y también con sus arrebatos de pasión. Sin embargo, hoy la plaza va quedando relegada a segundo término para ceder su importancia a la calle principal,, donde pasan los automóviles.

Al descender de los carros se nos acercan las autoridades del lugar con prontitud y ligereza. Es que con nosotros está el señor Subprefecto. La gente inquiere sobre nosotros. Se enteran que somos universitarios sanmarquinos y prorrumpen entonces en vítores a la Universidad y sus alumnos. Esto nos llega al alma. Es que esos gritos no sólo revelan simpatía y cariño. Son gritos que para nosotros significan "aquí estamos, somos los indios, mírennos, vean cómo somos". Es un ¡presente! a la llamada de inquietud de la juventud peruana. Nuestra emoción peruanista, nuestra emoción serrana e india, se reconforta con las palabras, con los gritos de los indios de Marco.

En una esquina de la plaza hay un grueso núcleo de gente que forman un ruedo. En su interior hay una cuadrilla de indios. Es la "tunantada". Hay hombres ricamente ataviados con los vestidos que usaban los españoles antiguamente. Pantalón de terciopelo rojo o verde, ajustado a las piernas, y casacas también de terciopelo, pero de distinto color que el pantalón, ceñidas al cuerpo igualmente. En la cabeza un sombrero de fieltro con una pluma. En el rostro una máscara hecha de finos alambres, representando la cara de un español blanco, sonrosado, con enormes bigotes. Tienen a veces un bastón corto. Otras algo que debe representar una espada. En el chaleco llevan gruesas cadenas extendidas entre uno y otro bolsillo. Cruzando el pecho tienen un lazo de cuero, de donde pende un cuerno con enchapados de plata. Las mujeres están vestidas de una doble manera. Hay unas que están vestidas de "cotón", con las "huamanguinas", las "cutunchas". El "cotón" es una falda hecha de tela de lana negra que cae rectamente por el costado del cuerpo, sin que sus extremos estén completamente unidos. Parece que hubiera una abertura desde la cintura hasta la boca de la falda, en la parte delantera. Este vestido va casi desapareciendo en el valle. Solo se usa en la actualidad en la parte sur y en uno que otro pueblo, como Orcotuna. Llevan además una especie de blusa de color rosa, blanco o amarillo, con muchos pliegues y adornos de blondas, y encima una "lliella" muy adornada. Hay otras en cambio, que están vestidas con el "centro" o "faldellín", que son faldas amplias y de gran vuelo. Esta es una de las diferencias, la otra consiste en que la "lliella" en las primeras es larga y cae algo más abajo de la cintura, en cambio, en las segundas, es más corta. Tanto las de "cotón" como las de "faldellín", llevan sobre el monillo a modo de péchera, una colección de monedas antiguas de plata y a veces de oro.

Además de estos personajes, también se encuentra representado el Inca, que lleva los vestidos típicos que se le asigna en la historia. Esta cuadrilla ejecuta una danza ceremoniosa y con abundancia de figuras. Parece que es la representación de un baile practicado por los españoles, en amalgamación con el elemento

indígena. Al frente de esta cuadrilla se hallan los "viejos" que son unos enmascarados que representan a los antiguos indios de calzón corto y ancho, que manejan un largo zurriago que a cada momento hacen estallar. Son los bufos y graciosos de la pandilla, y también el terror de los niños indígenas.

Era ya de noche cuando regresamos a la ciudad. El silencio imperaba por todas partes. Las calles se encontraban alumbradas por lámparas eléctricas de poca intensidad. Comimos en el hotel en donde nos encontramos hospedados. Salimos a pasear. Nos dirigimos a la Alameda Ricardo Palma. Hermoso paseo, ancho, recto, con veredas de cemento y farolas elegantes, marginada por casitas de muy buen gusto, nos muestra la ruta por la cual crece y se urbaniza modernamente la ciudad. Allí se encuentra ubicada la Estación del Ferrocarril Central, que es el lugar en donde por las noches, a la hora en que llega el tren, se agolpan gran cantidad de personas en busca del periódico capitolino que se adquiere y lee con gran avidez. El periódico realiza en toda la región una labor inestimable. Contribuye a extinguir ese espíritu provinciano, que empequeñeciendo a las gentes no les hace distinguir nada más que lo que se ve y ocurre en el pequeño medio en donde se desenvuelve su existencia; y al mismo tiempo hace nacer en ellas la idea de que no estamos solos en el mundo y en consecuencia sirve de estímulo para trasponer el presente y arribar a un porvenir mejor.

Estamos ya a 24 de julio. Mañana muy temprano debemos abandonar esta ciudad que merece nuestro cariño y admiración por muchos motivos y dirigirnos a Huancayo para llegar a ella en plena feria.

Efectivamente el día siguiente a las 8 a. m. subimos a nuestros automóviles y emprendemos el camino a la más importante ciudad de todo Junín. Pasamos rápidamente por Jauja Tambo, que fué la primera Jauja que fundó Pizarro. Salimos al campo y bordeamos el histórico campo de Maquinguayo en donde el 24 de abril de 1834 se dieron el abrazo las tropas de Bermúdez y Orbegoso, liquidando así una guerra civil que de otro modo habría sido sangrienta como tantas otras que afectaron los primeros años de nuestra independencia. En un cuarto de hora más, nos encontramos atravesando la plazuela del pueblo de Ataura, hecho distrito hace aún poco tiempo. Luego tenemos ante nuestra vista el importante pueblo de Huamali. Posteriormente, nuestros carros ruedan por las calles de San Lorenzo. A uno y a otro lado de la carretera miramos muchos pueblos. Son apenas manchas roji-blancas. Dan la impresión de ser frazadas, de esas que son hechas por los mismos indios, que estuvieran extendidas en las faldas de los cerros. Después de San Lorenzo como a 3 kilómetros de distancia nace hacia el lado izquierdo una preciosa Alameda de eucaliptus, de 3 kilómetros y medio de largo. Esta alameda ha sido construída desde la línea del tren, en donde hay un pa-

radero, hasta el pueblo de Apata, uno de los más antiguos e importantes distritos de la provincia, que entre tantos méritos tiene el de poseer en su Iglesia Parroquial, uno de los altares más preciosos y mejor logrados que seguramente tenemos en el país. Además, la comunidad de este pueblo acaba de dar fin a la construcción de un moderno local para el Centro Escolar de varones, para cuyo amoblamiento y entablado el Ministerio de Educación Pública ha contribuído últimamente con ocho mil soles. Esta preocupación por la instrucción no es sin embargo una cualidad exclusiva de Apata. Es característica de todos los pueblos de la región. Existe una especie de rivalidad y competencia tácita entre los diversos distritos para la construcción de locales escolares. Creo que no habrá una región en todo el país, que se inquiete más por la instrucción, que Jauja. Actualmente la provincia cuenta con 122 escuelas y 225 maestros. Es la segunda provincia en el Perú que tiene mayor cantidad de planteles de enseñanza. Y posiblemente es una de las primeras en tener normalistas y maestros. Antes se decía del jaujino que su aspiración máxima era la de ser abogado, ahora en cambio, la profesión que más seduce y cautiva en esta provincia es la del magisterio.

Entramos a Matahuasi, famoso por sus nísperos y también por su local escolar que es uno de los mejores de la región. Sin detenernos llegamos pronto a la ciudad de Concepción. Entramos a ella cuando está en su pleno apogeo la feria dominical. Los cuatro costados de la plaza, que luce en su centro jardines y fuentes de muy buen gusto, están totalmente ocupados por una gran cantidad de indias sentadas, que tienen ante sí extendidas, en el suelo o sobre mantas, su mercadería. Hay papas, maíz, trigo, frutos propios del lugar y también de la montaña, zapatos, sogas, mucha anilina, panes, carne y también ropa hecha. Las transacciones son animadas y las discusiones sobre los precios se hacen en voz alta. La feria de Concepción, la más importante de la provincia, reúne cada domingo a gente venida desde 8 leguas a la redonda. Pero ella no sólo es una feria de mercancías, sino también de color, de alegría. Las indias en este día están limpias y ataviadas con todas sus galas. Los hombres lo mismo. Y es que las ferias serranas son para los indígenas verdaderas fiestas y momentos de expansión. Después de pasear por algunos instantes por la plaza y observar la columna que se ha erigido en homenaje a las dos hermanas Toledo, heroínas de la guerra con Chile, continuamos viaje a Huancayo. Antes de llegar a él pasamos aún por otro pueblo, San Jerónimo, distrito grande y bastante poblado, que como Concepción aspira a convertirse en provincia. Después, Quebrada Honda y luego, Huancayo. Muchos eucaliptus a la entrada, corremos por en medio de una calle bastante larga, pasamos un puente que nos hace recordar el lomo de un camello y alcanzamos a la Calle Real de Huancayo. Es una calle ancha, una Avenida. En 10 cuadras no se ven más que indios o para ser más exactos indias, por-

que son ellas las comerciantes en esta feria. Están sentadas en una triple fila, y por calles, se dedican a negociar determinados productos. En la primera observamos que se venden ollas, cántaros, platos y tazas de barro cocido, todos ello de distinto tamaño y finura. La segunda está dedicada a la venta de calzados. Calzados de cierta tosquedad y de un cuero áspero y duro. Hay de todo tamaño para hombres y mujeres. Las ventas por lo que se ve son muy activas. Antiguamente los indígenas usaban las ojotas, que los naturales les llamaban "llanques", hechas de la piel de buey, llama o carnero. Hoy día ya casi nadie las usa, salvo en la puna. Esto es un síntoma, una señal, que nos indica como el indio va cambiando y se va haciendo un neo indio. La indumentaria en estos lugares define la condición de las personas. Esta se nota mejor en las mujeres que en los hombres. Hay en la feria, por ejemplo, dos tipos de mujeres, según su indumentaria. Unas tienen sombreros de paja bien hormados las otras ostentan sombreros de lana de fabricación rústica; las primeras usan faldellines hechos con telas de fábrica, las segundas llevan faldellines hechos de telas de lana que tejen ellas mismas; las primeras usan medias y calzado relativamente aceptables por su calidad, las segundas no usan medias, y si se calzan, lo hacen tan solo con zapatos toscos y baratos; las primeras ostentan sobre los hombros "llicllas" elegantes y a veces costosas, las segundas usan tan sólo la "pullucata", hecha con telas ordinarias de lana confeccionadas por ellas mismas. Las primeras son las cholos, que habitan la parte baja del valle y especialmente el lado norte; las segundas son las indias de la puna y en especial del lado sur. Son los dos extremos de un mismo proceso y entre ellos hay toda una gama, que representan los diversos instantes o etapas de dicha transformación.

Ya hemos dicho que la feria se realiza en más o menos diez cuadras. A ella acuden la gente de lugares muchas veces muy lejanos. Desde el sábado en la tarde se ve llegar a mujeres con tremendos atados sobre la espalda. Van ocupando sus respectivos sitios, amanecen en él. Apenas empieza el nuevo día, comienzan las transacciones. A las diez de la mañana la feria ya está en todos su apogeo. Es un hormigueo de gente y una orgía de color y de voces. Que distintas deben haber sido aquellas ferias del tiempo de los incas, en las cuales según Baudin, las transacciones eran mudas. Se ha afirmado que las ferias indígenas, más que un sentido económico, tienen una significación gregaria y festiva. No sabemos hasta que punto sea cierto esto, pero hay que hacer notar que los indios que asisten a la feria lo hacen siempre con el objeto de llevarse al regreso, algo que les falta y que no pueden comprar en sus pueblos, o que si lo compran lo han de hacer a un precio más elevado. Es decir, que acuden siempre en vista de una ventaja de orden económico, a la cual indudablemente se une el deseo de relacionarse y de alternar con otras gentes.

La feria comienza a desintegrarse a las 2 o 3 de la tarde. Poco

a poco las calles se van aclarando y la abundancia de tráfico y de gentes se desplaza hacia los extremos de la ciudad, por donde unos en camiones y ómnibus, otros en caballos y burros y la mayoría a pie marchan camino de sus lares.

Huancayo, es la primera ciudad de la sierra del Centro. Su importancia como centro comercial e industrial va en crecimiento cada vez más vertiginoso. En un corto plazo ha visto nacer en su interior varias fábricas; entre las cuales las más importantes son: la Fábrica de tejidos de lana "Los Andes", cuyos casimires se han hecho ya tan populares en el Perú, la Fábrica de Tejidos de chompas, la de Tejidos de seda y algodón de Mongilardi, la ropa hecha, la de artículos de loza, la de tubos de cemento y mosaicos, que está a punto de terminarse, y muchas otras más de menor importancia. Su situación es realmente excepcional y a ello debe en gran parte su prosperidad. Es un centro ferroviario y cruce de carreteras de primer orden. Allí comienza la Carretera Central que lo une a Lima, allí comienza también la carretera a Ayacucho. Es el origen del ferrocarril a la capital y es también el punto inicial del tren a Huancavelica. Pronto estará unida a las montañas del Satipo, por la carretera que nace en Concepción y que pasando por Ocopa se dirige por las alturas de San Antonio hasta la colonia del Satipo. En la actualidad se halla también vinculada a las montañas de Chanchamayo, por la carretera que pasa por Tarma.

En Huancayo actualmente se están llevando a cabo muchas nuevas construcciones, especialmente en la Avenida Giraldes, y su prolongación la Avenida Taylor, que es la zona elegante y residencial de Huancayo. Hay en ella ranchitos y chalets, tan bien construídos y elegantes como las que adornan nuestras avenidas capitalinas. También nos informaron que pronto se urbanizará el área que rodea al Campo de Aviación a donde cada semana llegan aviones de la Panagra y de la Faucett y que próximamente se construirá un gran Cuartel Modelo.

La población de Huancayo también crece. Su fisonomía se va haciendo interesante. En ella ya se ha roto la monotonía étnica de otros pueblos de la sierra. La habitan muchos extranjeros, entre los cuales hay un buen número de asiáticos, y también muchos peruanos de distintos departamentos, que vienen a este lugar atraídos por su prosperidad.

El crecimiento y progreso de Huancayo, ciudad serrana del Centro del Perú, tiene una importancia singular. Nuestro país posee como realidad sustantiva su carácter de predominante ruralidad. Nuestras estadísticas nos dicen que a la población urbana cabe asignar tan sólo el 11.5% de la población total. Y de esta cifra el 61% vive en la Costa, el 36 % en la Sierra y sólo el 3 % en la Montaña. Es decir pues, que en la Costa del Perú se hallan las ciudades más importantes y pobladas. Aquí hallamos la explicación de la preeminencia costera en nuestra historia, porque es sabido que son desde las ciudades

de donde se gobierna y no desde el campo ni desde las aldeas. Por eso el desarrollo de Huancayo, y su transformación en ciudad de peso y representación, significa la introducción de un cambio en la correlación de fuerzas entre la Costa y la Sierra, los dos factores de la dualidad nacional, ya que la Montaña aún no puede ser tomada en consideración. Huancayo, de esto no nos quepa duda, pronto será el centro desde donde se reclamará cada vez con mayor insistencia el restablecimiento del equilibrio que fué roto por los españoles. La adecuación del hombre al medio, se ha efectuado en el Perú, antes que en cualquier otra región, en la Sierra. La Sierra tiene el 73 % de la población peruana y económicamente es la región más importante. Ella debe constituir el centro de gravedad de nuestra Patria.

En Huancayo el Presidente de la Delegación fué atendido por el Prefecto del Departamento señor Jorge Buckingham y nosotros tuvimos la suerte de hallar a dos excelentes amigos de San Marcos: el doctor Augusto Peñaloza y el doctor José Varallanos. Los dos, junto con el Comandante Vega, representaron lo que en Huancayo hay de gentileza y cordialidad para el estudiantado del más elevado centro de estudios del país.

El lunes 26, a las diez de la mañana, partimos a visitar el Convento de Ocopa. Por muchos motivos, Ocopa es foco importante de atracción turística. El convento fué fundado por Fray Francisco San José en 1724 y desde entonces sirvió de base para la colonización y evangelización de las montañas de Chanchamayo, Perené, el Pangoa y Satipo. Después de desandar el camino hasta Concepción, tomamos el desvío que conduce a Santa Rosa de Ocopa a cuyo lado se encuentra el Convento. Nos encontramos frente a ella después de 20 minutos de carrera. Ingresamos por una amplia abertura, entre dos fuertes murallones, a una amplia avenida en cuyo borde hay eucaliptus y jardines. Al fondo se distingue la fachada de la iglesia. No es la misma que fué construída por el fundador del Convento. Una placa informa que ella se incendió en 1900 y que fué reconstruída en 1905. El ambiente que reina en este lugar es de paz, de sosiego, de serenidad mística y absoluta tranquilidad. Al costado de la iglesia se divisa un amplio edificio de dos pisos, en cuya parte alta se pueden ver innumerables ventanas que corresponden a las celdas de los padres. Nos acercamos a la iglesia. Penetramos en ella por una gran puerta y distinguimos al fondo el altar mayor que no es de gran valor estético. Carece de la ornamentación y la riqueza de labores y sobre todo del dorado, que distingue al altar de Apata. A los lados de la gran nave, hay otros altares más pequeños consagrados a diversos santos y vírgenes. Antes del altar mayor se levanta en el techo una cúpula en la que se han pintado frescos con diversos motivos de orden místico-religioso. Hay muchos confesionarios y reclinatorios. Ello se debe a que Ocopa constituye en la religión, el lugar santo donde acuden todos los fieles a redimirse de sus pecados y buscar la paz del espíritu.

Después de la iglesia nos acercamos a la puerta del Convento y solicitamos del Padre Guardián su permiso para poder visitar el claustro. Nuestro pedido es atendido con sumo agrado por el Superior de la comunidad religiosa de Ocopa. El mismo nos conduce por todos los patios y corredores de la casa de estos varones que han renunciado a la vida civil para entregarse a las prácticas religiosas en medio del silencio y la paz del monasterio. Conocemos la Biblioteca. Hay allí 8,000 volúmenes distintos y 3,000 duplicados. Nos informan que tienen, entre otras obras de mérito, un libro manuscrito de puño y letra del Inca Garcilazo de la Vega. Observamos también la existencia de muchos cuadros de santos, algunos bastante bien logrados y valiosos. El padre nos habla de la labor abnegada de los misioneros de la orden y nos refiere antecedentes de la obra colonizadora y evangélica de Fray Jerónimo Jiménez y el Padre Larios, quienes, en el ejercicio de su misión apostólica, fueron victimados por los naturales del Perené, el 8 de diciembre de 1637.

Después de pasear por todos los claustros del convento, el Padre Guardián nos invita a almorzar. Lo hacemos frugalmente y con sencillez. Agradecemos a los padres su hospitalaria amabilidad y retornamos a Huancayo. Esa noche estábamos invitados por el Ingeniero Madueño a tomar parte en un programa de la Estación de Radio de su propiedad. A las 9 y media, después de la comida, nos dirigimos allá y a los pocos instantes estamos ante el micro, el doctor Bustamante Cisneros y yo. El doctor Bustamante Cisneros en un largo y bien meditado discurso, hace interesantes observaciones sobre el valle del Mantaro y pondera las posibilidades de Huancayo que está llamada a un gran futuro. Yo refiero las impresiones que hemos recogido en la jira. A continuación el doctor Peñaloza y el Ingeniero Madueño, también lanzan su voz a los espacios y hacen resaltar la significación que tiene para los pueblos del departamento de Junín, el tránsito de una embajada universitaria. Finaliza la actuación con la Marcha Universitaria y el Himno de la Universidad de San Marcos que es cantada por un coro de estudiantes.

El 27 asistimos a la inauguración del "Parque Infantil Peñaloza" que el Rotary Club de Huancayo obsequia a la ciudad. En esta ocasión, invitados por los organizadores de la actuación, hablaron el doctor Bustamante Cisneros y nuestro compañero Antenor Del Pozo. Terminada la ceremonia, nos dirigimos a Chongos Bajo, en compañía del doctor Augusto Peñaloza, a presenciar una fiesta típica de los indígenas de ese lugar. Este pueblo se encuentra en el extremo sur del valle, a la margen derecha del río Mantaro. Llegamos a él después de hora y media de viaje. Eran más o menos las 5 de la tarde, cuando penetramos a la plaza del pueblo. Era día de toros pero la corrida ya finalizaba. Los toreros fueron reemplazados por pandillas de indios e indias que, al son monótono de un cuerno y de una tinya, daban. Era una danza sin figuras. Los hombres y las mujeres curva-

dos hacia la tierra, golpeaban el suelo frenéticamente con sus pies, como dando pequeños saltos, y en esta forma daban una, dos, tres y sabe Dios cuantas vueltas en la plaza. Habían muchas de estas pandillas. En esta forma los indios de Chongos festejaban la fiesta de Santiago.

Es distinta esta fiesta de la de Marco. El espíritu es otro. La indumentaria y la música otra también. Es que Marco está en el extremo Norte y ha sufrido más la influencia del camino y de la industria minera. En cambio Chongos Bajo se encuentra en el extremo sur, y allí todavía los indios son auténticos indios, en el vestido, en la lengua, en los sentimientos y costumbres.

El Alcalde de Chongos Bajo, al darse cuenta de nuestra presencia se ha acercado y nos ha invitado a pasar a los balcones de la municipalidad. Desde allí observamos las escenas que se estaban desarrollando en la plaza. Después, el Alcalde, que es un antiguo compañero sanmarquino, nos dirige la palabra, y nos dice que se encuentra complacido de nuestro interés por visitar Chongos Bajo. Nuestro compañero Víctor Villavicencio Cúneo le responde en frases de plena y ardiente fé peruanista.

Era ya de noche cuando nos encontrábamos de regreso. Pasamos un puente sobre el Mantaro, y por un camino que hasta Huancayo está bordeado de eucaliptus, alisos y magueys, que por estos lugares los llaman "alas", nos deslizamos comentando la fiesta que acabábamos de presenciar. Pronto estuvimos en Huancayo.

En la noche, fuimos invitados por la señorita Airaldi, nuestra compañera de la Facultad de Ciencias a un baile en el Hotel de su propiedad, el que transcurrió animadamente hasta las primeras horas de la madrugada. Al día siguiente, 28 de julio, salimos de Huancayo a las 8 de la mañana, desandamos todo el camino recorrido hasta Jauja y de este lugar tomamos la Carretera Central con dirección a la Oroya. A las once y fracción llegamos a este lugar, cuando precisamente se estaban realizando las ceremonias oficiales con que se celebraba el aniversario nacional. A poco tuvimos ocasión de presenciar un importante desfile de escolares de ambos sexos. Todos tenían como uniforme el overall. El overall que en estos asuntos mineros es el vestido que unifica y enlaza a los hombres. El que más que nada expresa que allí hay comunidad de trabajadores.

Almorzamos, molestados por los humos que a estas horas son insoportables, y en seguida, nuevamente en los autos, pasamos por Morococha, Anticona, y todos los pueblos de la sierra cisandina. Llegamos a Lima a las 5 y media de la tarde. Entramos al Parque cantando la Marcha Universitaria y desembarcamos frente a nuestra casa, de San Marcos de donde partimos.

ABELARDO GARCÍA PONCE.
(Alumno).